

CRÓNICAS ARCANAS

1



La
Emperatriz

KRESLEY COLE

elastic

La Emperatriz

CRÓNICAS ARCANAS 1

KRESLEY COLE

Traducción de Aida Candelario

elastic
BOOKS

Primera edición: marzo de 2023

Título original: *Poison Princess*

Ilustración de cubierta: Alisvart

Diseño de cubierta: evostudio.com

Maquetación: Vanessa Fernández

© 2012 Kresley Cole, por el texto

© 2023 Aida Candelario, por la traducción

© 2023 Elastic, por esta edición

Publicado con el acuerdo de Simon & Schuster Books For Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division. Todos los derechos reservados.

Dirección editorial: Pema Maymó

Elastic es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Estella Print

Depósito legal: B 1.227-2023

ISBN: 978-84-19478-10-8

Impreso en la UE

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

TAROT: m. Baraja especializada de naipes decorados. Hoy en día, se utiliza principalmente para la cartomancia y se suele asociar con el ocultismo. Los veintidós triunfos de la baraja, los arcanos mayores, son claramente simbólicos y representan escenas y personajes de la antigüedad.

PRÓLOGO

DÍA 246 d. D.
REQUIEM, TENNESSEE
FALDA DE LAS MONTAÑAS HUMEANTES

Es tan hermosa, tan frágil». Esos ojos atormentados. Esos labios sonrosados... que gritarán de forma tan maravillosa.

Observo por la mirilla de la puerta, deseando con todas mis fuerzas que la chica se acerque. «¡Una mujer, tan cerca! Ven hacia mí».

En medio de la penumbra llena de ceniza, la veo ir de acá para allá por la acera frente a mi calcinada casa de estilo victoriano, tratando de decidir si aproximarse o no.

Frías ráfagas de viento le agitan la densa melena rubia. Lleva vaqueros desgastados y unas maltrechas botas de senderismo, y tiene las manos hundidas en los bolsillos de una raída sudadera con capucha.

Su ropa no es apropiada para la temperatura del exterior, que acaba de descender hace poco después del calor abrasador que hemos sufrido todo el invierno. El tiempo empeora a medida que se acerca el verano...

La chica levanta la mirada. ¿Ha captado el aroma a comida que sale de mi casa? He puesto a calentar estofado de ternera en lata en

una cocina de leña. ¿Se ha fijado en las volutas de humo que surgen de la chimenea?

Parece hambrienta. Después del Destello, siempre tienen hambre.

Toda mi guarida está pensada para atraerla hacia mí. Si la brillante luz de la lámpara de queroseno no supone un faro lo bastante tentador para los viajeros, he clavado en la puerta un cartel hecho con una cartulina (escrito con rotulador y envuelto con film transparente) en el que pone:

«VOCES DEL DESTELLO».

«COMIDA CALIENTE Y REFUGIO SEGURO, SOLO PIDO QUE ME CUENTES TU HISTORIA DEL APOCALIPSIS».

Mi casa está situada en el lugar ideal, en una encrucijada de este pueblo fantasma. La mayor parte de mis invitados me dicen que sus vidas también están en una encrucijada. Evidentemente, a esta chica le ocurre lo mismo.

Horas antes, me estuvo siguiendo desde cierta distancia y me vio arrancar la vegetación seca para dejar al descubierto el chamuscado cartel de bienvenida a la ciudad. «Requiem, Tennessee, población: 1.212».

El Destello redujo esa cifra a un solo dígito. Ahora solo quedamos mis sujetos y yo.

Mientras me ocupaba del cartel, me puse a silbar una melodía alegre para disimular. Así, ella creería que soy una persona decente que intenta volver a la normalidad.

Ahora, la chica se detiene y mira directamente hacia la puerta. Ha tomado una decisión. Lo noto en la postura de sus hombros delgados.

A medida que se acerca a la puerta principal, puedo distinguir sus facciones con más claridad. Debe medir algo más de metro y medio. Su complexión esbelta y su rostro delicado me indican que no debe tener más de dieciséis años. Sin embargo, el indicio de

curvas femeninas que detecto debajo de la sudadera me sugiere que es mayor.

Sus ojos de color azul lavanda destacan contra las pálidas mejillas, pero reflejan aflicción. Esta chica esquelética sabe lo que es sufrir.

Pero ¿y quién no desde el apocalipsis?

Y está a punto de sufrir más. «Acércate».

Duda antes de pisar el porche. «¡No, ven hacia mí!». Tras inspirar hondo, se dirige a la puerta. La expectación me hace estremecer, como si fuera una araña agazapada en su tela.

Ya siento una conexión con esta chica. He dicho lo mismo otras veces (otros, al igual que yo, han descrito un vínculo con sus sujetos), pero esta vez siento una tensión sin precedentes.

Deseo tanto poseerla que apenas logro contener un gemido.

Si consigo que entre, quedará atrapada. Falta la parte interior del pomo de la puerta, así que la única forma de abrirla es con unos alicates. Las ventanas están hechas de chapas transparentes y son irrompibles. Las demás puertas que dan al exterior están bloqueadas con clavos.

La chica levanta la mano y llama con suavidad a la puerta; luego retrocede un paso, con actitud asustadiza. Espero varios segundos («una eternidad») y, entonces, golpeo el suelo con los pies como si me estuviera acercando.

Cuando abro la puerta con una amplia sonrisa, ella se relaja un poco. No soy lo que se esperaba. No aparento más de veintipocos años.

En realidad, soy más joven. Supongo que debemos tener más o menos la misma edad. Pero el Destello me ha curtido la piel. Mis experimentos también me han pasado factura.

Sin embargo, las chicas de abajo, mis ratitas, me aseguran que soy el chico más guapo que han visto nunca. Y no tengo motivos para pensar lo contrario.

Ah, pero tengo la sensación de que mi mente es muy vieja. «Un sabio en la piel de un muchacho».

—Por favor, entra y resguárdate del frío —le ofrezco, haciendo un gesto amplio con el brazo—. Mírate... ¡debes de estar helada!

Ella echa un vistazo dentro de la casa con cautela, dirigiendo la mirada a toda velocidad de pared a pared. El acogedor interior está iluminado con velas. Una colcha hecha a mano cubre el brazo de un sofá. Hay una mecedora justo enfrente de la chimenea encendida.

Mi guarida parece segura, cálida, propia de una abuelita. Y con razón: una anciana vivía aquí antes de que la matara y convirtiera este sitio en mi hogar.

Los ojos de la chica observan la mecedora y el fuego con anhelo; sin embargo, sus músculos siguen tensos y listos para salir huyendo.

—Me temo que soy el único que queda por aquí —añado, fingiendo tristeza—. Después del Destello...

No termino la frase, dejándole suponer que he perdido a mis seres queridos en el apocalipsis.

«Compadécete de mí. Hasta que veas tu nuevo collar».

¡Por fin, cruza el umbral! Para evitar soltar un rugido de placer, me muerdo el interior de la mejilla hasta que noto el característico sabor de la sangre en la lengua. De algún modo, me las arreglo para decirle con tono tranquilo:

—Me llamo Arthur. Por favor, siéntate junto al fuego.

Su frágil cuerpo tiembla y sus ojos me miran con desaliento.

—Gra-gracias —contesta mientras se dirige a la mecedora—. Soy Evangeline. Evie.

Detrás de ella, me guardo los alicates con disimulo en el bolsillo y cierro la puerta. Sonrío al oír el chasquido de la cerradura.

«Ya es mía». Nunca saldrá de aquí.

Que viva o muera dentro de estas cuatro paredes depende de ella.

—¿Tienes hambre, Evie? Tengo un estofado al fuego. ¿Y te apetece una taza de chocolate caliente?

Casi puedo oír cómo se le hace la boca agua.

—Sí, p-por favor, si no es mucha molestia. —Se sienta y acerca las manos a las llamas—. Me muero de hambre.

—Enseguida vuelvo.

En la cocina, sirvo el estofado en un cuenco y coloco la comida con esmero en una bandeja. Es la primera vez que comemos juntos y todo debe estar perfecto. Soy muy meticuloso con este tipo de cosas. Mi ropa está impecable y voy perfectamente peinado. Llevo el estuche con bisturíes organizados guardado en el bolsillo de la chaqueta.

El calabozo, sin embargo, es harina de otro costal.

Al lado del cuenco, deposito una humeante taza de chocolate, elaborado con mis reservas de agua cada vez más escasas. Le añado una cucharadita de polvo blanco que saco del azucarero... pero que no es endulzante. Con cada sorbo que tome, se irá relajando cada vez más hasta que le fallen los músculos, pero no perderá el conocimiento.

«Estará inmóvil, pero consciente». Es importante que experimente nuestra comunión por completo. Mis brebajes caseros nunca fallan.

De hecho, ya es hora de que me tome mi propio elixir. Saco del armario un frasco con tapón y me bebo de un trago el agrio contenido transparente. Mis pensamientos se vuelven aún más nítidos y mi concentración, absoluta.

—Aquí tienes —anuncio al regresar.

El festín le hace abrir los ojos de par en par. Cuando se humedece el carnoso labio inferior, la bandeja traquetee en mis manos temblorosas.

—¿Puedes acercar ese soporte?

Prácticamente se lanza a ayudarme a depositar la bandeja y, en un santiamén, se pone a comer. Me siento en el sofá... pero no demasiado cerca, procurando no invadir su espacio personal.

—Bueno, Evie, supongo que has visto el cartel de la puerta. —Ella asiente con la cabeza, demasiado ocupada masticando para contestar con palabras—. Quiero que sepas que estoy encantado de poder ayudarte. Lo único que te pido a cambio es que me des un poco de información.

«Y que grites cuando te toque, que te estremezcas cada vez que me acerque a ti».

—Estoy recopilando las historias de la gente, con el objetivo de conservarlas para el futuro. Nos vendría bien disponer de un relato de cómo esta catástrofe alteró la vida de las personas.

En esencia, es cierto. Grabo las historias de mis chicas (a modo de historial sobre mis sujetos) y, más tarde, sus gritos.

—¿Te interesaría participar?

Me observa con cautela mientras se termina el estofado.

—¿Qué quieres saber?

—Me gustaría que me contaras qué ocurrió en los días previos al Destello. Y, luego, cómo has sobrellevado las consecuencias. Te grabaría con esto. —Señalo la grabadora de pilas situada en la mesa auxiliar y sonrió con timidez—. Qué anticuado, lo sé.

Ella coge la taza, la levanta y sopla para enfriar el contenido.

«Bebe, pequeña».

Cuando toma un sorbo, dejo escapar un suspiro de alivio. Está brindando por su propia perdición, por el comienzo de nuestra relación.

—Entonces, ¿simplemente me grabarás hablando?

—Así es. —Cuando me levanto para retirar la bandeja, ella se apresura a coger la taza y la sostiene contra el pecho—. Evie, tengo más en la cocina. Traeré un cazo lleno.

Cuando regreso con un cazo y una taza para mí, ella ya se ha terminado la bebida. Ahora lleva la sudadera anudada alrededor de la cintura y, mientras aviva el fuego, la camiseta de manga corta le ciñe los pechos.

Aprieto el asa de mi taza con tanta fuerza que temo romperla. Entonces, frunzo el ceño. No suelo excitarme tanto con mis sujetos. Mezclar negocios y placer es... un lío. Pero el atractivo de esta chica me resulta embriagador.

Horas antes, en la ciudad, la primera vez que la vi, la deseé, me la imaginé en mi cama, recibíendome con los brazos abiertos.

¿Podría ser mi media naranja?

Dejo de observarla cuando se acomoda en su asiento.

—¿Por qué te interesa mi vida?

Arrastra las palabras al hablar con un dejo sureño.

Tras carraspear, contesto:

—Todo el que ha conseguido llegar hasta aquí tiene una historia de supervivencia que contar. Tú incluida. —Ocupo mi sitio en el sofá—. Quiero saber cosas de tu vida. De antes y después del Destello.

—¿Por qué de antes?

«Para obtener el historial de referencia de mi nuevo sujeto de pruebas». En cambio, digo:

—El apocalipsis puso patas arriba la vida de todos, cambió a la gente. Para sobrevivir, han tenido que hacer muchas cosas que nunca se creyeron capaces de hacer. Quiero todos los detalles posibles... No es necesario que digas tu apellido, si eso te hace sentir más cómoda.

Ella murmura por encima del borde de la taza:

—Mi vida ya estaba patas arriba mucho antes del Destello.

—¿Qué quieres decir?

Estiro el brazo y presiono el botón de grabar. A ella no parece importarle.

—En las semanas previas a que ocurriera, yo acababa de regresar a casa después de pasar el verano fuera. Y las cosas estaban tensas.

—¿Dónde vivías? —le pregunto, casi suspirando, mientras la observo.

Los párpados parecen pesarle un poco más y su cabello rubio brilla a la luz del fuego. Cuando se coloca la sedosa melena encima del hombro, capto un leve atisbo del aroma que brota de ella: sublime, a flores.

Incluso ocho meses después del Destello, y aunque todos los lagos y ríos se han evaporado, esta chica se las arregla para oler como si acabara de darse un baño. Asombroso. Todo lo contrario que las apestosas ratitas del calabozo.

—Vivía en Luisiana, en una preciosa finca azucarera llamada Haven. —Se recuesta en la mecedora y clava la vista en el techo con aire distraído, recordando—. Estábamos completamente rodeados por un mar de caña verde que se extendía hacia el infinito.

De repente, siento la imperiosa necesidad de saberlo todo sobre ella. ¿Por qué está sola? ¿Cómo ha podido llegar tan al norte sin un hombre que la proteja? Aunque hubiera evitado que la atraparan los mutantes, seguramente lo habrían hecho los esclavistas o los milicianos.

Comprendo que debe haber perdido a su protector hace poco... ya que ese es el único motivo por el que estaría sola una chica tan atractiva.

«Mejor para mí».

—¿Por qué estaban las cosas tensas en tu casa?

¿De qué se trataría: tenía conflictos con sus padres, la habían castigado por llegar a casa después de la hora acordada o había pasado por una ruptura complicada con el machito de turno del instituto local?

—Puedes contármelo —añado, asintiendo con la cabeza con gesto serio.

Ella inspira hondo y se muerde el labio. En ese momento, sé que ha tomado la decisión de contármelo todo.

—Verás, Arthur... me acababan de dar de alta en el psiquiátrico.

Me mira de reojo, evaluando mi reacción al mismo tiempo que parece temerla.

Procuro que no se me note el asombro.

—¿El psiquiátrico?

—Enfermé al final de mi segundo año de instituto, así que mi madre me envió a una clínica en Atlanta.

«¡Esta chica es un regalo del cielo!». Yo también estuve enfermo. Hasta que empecé a probar mis brebajes conmigo mismo y, con el tiempo, descubrí una cura.

Es probable que su idea sobre lo que es estar enfermo se diferencie de la mía en los instintos asesinos, pero puedo enseñarle a ceder y aceptar nuestra oscuridad.

—No me puedo creer que te esté contando esto. —Frunce el ceño y luego susurra—: No pude contarle mis secretos a él.

¿Él? ¿Su anterior protector? ¡Necesito conocer esos secretos!

—¿Por qué me siento tan a gusto contigo? —me pregunta con una leve sonrisa.

«Porque una droga está surtiendo efecto en este preciso momento, haciendo que te relajés».

—Sigue, por favor.

—Solo llevaba dos semanas en casa cuando empezaron a ocurrir cosas raras otra vez. Tenía lagunas y sufría pesadillas y alucinaciones tan realistas que no podía distinguir si estaba despierta o dormida.

Esta chica atormentada es tan frágil mental como físicamente. «Es mía. Un regalo del cielo». Estoy convencido de que puedo avivar un simple atisbo de locura hasta conseguir que se apodere de ella por completo. La agresividad reprimida me hace empezar a sudar.

Ella no se da cuenta, porque está observando el techo de nuevo, rememorando.

—El curso escolar empezó una semana antes del Destello, siete días antes de que yo cumpliera dieciséis años.

—¿Tu cumpleaños fue el día uno después del Destello? —pregunto, con voz aguda por la emoción. Ella asiente con la cabeza—. ¿Y qué pasó entonces?

Coloca un pie sobre la mecedora y usa el otro para mecerse con suavidad.

—Recuerdo haberme vestido para ir a clase el lunes por la mañana. A mi madre le preocupaba que no estuviera lista para volver.

—Suspira—. Y tenía razón.

—¿Por qué?

Me mira a los ojos.

—Te contaré toda mi historia, Arthur. Y voy a intentar recordar lo máximo posible. Sin embargo...

—¿Sí?

Le brillan los ojos y su expresión refleja vergüenza. Parece tan maravillosamente desdichada.

—Lo que creo que pasó podría no ser lo que ocurrió en realidad.

1

DÍA 6 a. D.
STERLING, LOUISIANA

Cómo te encuentras? —me preguntó mamá, evaluándome con la mirada—. ¿Estás segura de que te sientes preparada para hacer esto?

Tras terminar de peinarme, me obligué a sonreír y mentí descaradamente.

—Por supuesto. —Ya habíamos hablado del tema, así que añadí con paciencia—: Los médicos me dijeron que retomar una rutina normal podría venirle bien a alguien como yo.

Bueno, al menos, tres de mis cinco loqueros opinaban eso. Los otros dos insistían en que todavía era inestable. Como un arma cargada. Un desastre en potencia.

—Solo necesito volver al instituto y estar con mis amigos.

Cada vez que le citaba las palabras de mis loqueros, mamá se relajaba un poco, como si eso demostrase que les había estado prestando atención.

Me resultaba fácil recordar muchas de las cosas que me habían dicho los médicos... porque me habían hecho olvidar gran parte de mi vida antes de llegar a la clínica.

Mamá empezó a dar vueltas por mi habitación, con las manos entrelazadas a la espalda, mientras les echaba un vistazo a mis pertenencias: como una versión rubia y guapa de Sherlock Holmes husmeando en busca de cualquier secreto que no supiera aún.

No encontraría nada, pues ya había escondido el contrabando en la mochila.

—¿Tuviste una pesadilla anoche?

¿Me había oído despertarme de golpe gritando?

—No.

—Cuando te pusiste al día con tus amigos, ¿le contaste a alguien dónde estuviste en realidad?

Mamá y yo le habíamos dicho a todo el mundo que había ido a una escuela especial «de postín». Después de todo, nunca era demasiado pronto para preparar a una hija para las competitivas sororidades del sur.

En realidad, había estado encerrada en el Centro de Aprendizaje Infantil, una clínica para críos con problemas de conducta. También conocido como Correccional para Antisociales Infantiles.

—No le he dicho a nadie lo del CAI —contesté, horrorizada ante la idea de que mis amigos, o mi novio, se enterasen.

Sobre todo, él. Brandon Radcliffe. Con sus ojos color avellana, sonrisa de estrella de cine y ondulado cabello castaño claro.

—Bien. Solo nos incumbe a nosotras —sentenció mamá.

Entonces, se detuvo ante el enorme mural que había en la pared de mi habitación, ladeando la cabeza con cara de preocupación. En lugar de un bonito dibujo hecho con acuarelas o un diseño *retrofunk*, pinté un inquietante paisaje de enredaderas entrelazadas, robles imponentes y cielos en penumbra abatiéndose sobre colinas cubiertas de caña de azúcar. Sabía que mi madre se había planteado cubrir el mural con pintura, pero temió que eso fuera demasiado para mí y me amotinara.

—¿Te has tomado la medicación esta mañana?

—Sí, mamá. Como siempre.

Aunque esas dichosas pastillitas no habían hecho gran cosa con las pesadillas, habían mantenido a raya los delirios que me atormentaban la primavera pasada.

Esas aterradoras alucinaciones eran tan realistas, que me impedían ver temporalmente el mundo que me rodeaba. Había conseguido terminar el curso a duras penas, disimulando las visiones y aprendiendo a comportarme como si no pasara nada.

En una de esas alucinaciones, había visto llamaradas surcando un cielo nocturno. Bajo las oleadas de fuego, una multitud de ratas y serpientes que huían se congregaron en el césped que se extendía delante de Haven, hasta que fue como si el suelo se ondulara.

En otra, el sol brillaba tanto (por la noche) que le chamuscó los ojos a la gente hasta que les brotó pus, les provocó mutaciones en el cuerpo e hizo que se les pudriera el cerebro. Esas personas acabaron convertidas en seres sedientos de sangre, parecidos a zombis, cuya piel recordaba a bolsas de papel arrugadas y rezumaba una baba rancia. Los llamé engendros...

Mi objetivo a corto plazo era sencillo: que no volvieran a desterrarme al CAI. Mi objetivo a largo plazo suponía un reto algo mayor: sobrevivir al resto del instituto para poder huir a la universidad.

—¿Y Brandon y tú seguís juntos? —me preguntó mamá con cierta incredulidad, como si no consiguiera entender por qué él quería seguir saliendo conmigo después de mi ausencia de tres meses.

—Llegará pronto —respondí con tono apremiante. Mi madre había conseguido ponerme nerviosa.

No, no. Durante todo el verano, Brandon había cumplido su palabra y me había estado enviando mensajes, aunque solo me habían permitido responder dos veces al mes. Y, desde que regresé la semana pasada, había sido un encanto: mi alegre y sonriente novio me había traído flores y me había llevado al cine.

—Me cae bien. Es muy buen chico. —Mamá concluyó, por fin, el interrogatorio de esta mañana—. Me alegro de que hayas vuelto, cielo. Había mucho silencio en Haven sin ti.

«¿Silencio?». Tuve muchísimas ganas de soltarle: «¿En serio, Karen? ¿Sabes qué es peor que el silencio? Los tubos fluorescentes que crepitaban veinticuatro horas al día en el centro. ¿O tal vez el sonido de mi compañera de cuarto con tendencia a autolesionarse llorando mientras se clavaba un tenedor en el muslo? ¿Y qué me dices de las risas que no venían a cuento de nada?».

Aunque, claro, en ese último caso era yo la que se reía.

Al final, no dije nada sobre el centro. «Solo dos años más y podré largarme».

—Mamá, hoy es un día muy importante para mí. —Me colgué la mochila del hombro—. Y quiero estar fuera cuando llegue Brandon.

Ya lo había obligado a que me esperara todo el verano.

—Ah, por supuesto.

Nuestros pasos resonaron al unísono mientras bajábamos por la espléndida escalera, con mi madre siguiéndome de cerca. Al llegar a la puerta, me colocó el pelo detrás de las orejas y me dio un beso en la frente, como si fuera una niña.

—Tu champú huele bien. Puede que te lo pida prestado —me dijo.

—Claro.

Me obligué a sonreír de nuevo y, después, salí por la puerta. El aire neblinoso estaba completamente en calma... como si el mundo hubiera exhalado y luego se hubiera olvidado de volver a inhalar.

Bajé los escalones de la entrada y, a continuación, me giré para contemplar la imponente casa que había echado tanto de menos.

Haven House era una magnífica mansión de veintidós habitaciones, con doce majestuosas columnas en la fachada. Los colores que la decoraban (revestimientos de madera de un tono crema muy pálido y contraventanas antihuracanes de un intenso verde bosque)

no habían cambiado desde que la construyeron para mi tataratataratarabuela.

Doce enormes robles rodeaban la estructura. Sus extensas ramas se habían entrelazado en algunas partes, como si fueran hidras de cien toneladas atrapando a su presa.

La gente de la zona opinaba que Haven House parecía estar embrujada. Al ver la mansión envuelta en niebla, tuve que admitir que era comprensible.

Mientras esperaba, deambulé por el césped hasta llegar a una hilera de cañas de azúcar y me incliné para oler un tallo morado. Tenía un aroma intenso y dulce a la vez. Una de las livianas hojas verdes estaba enroscada de tal modo que parecía estrecharme la mano. Eso me hizo sonreír.

—Recibiréis lluvia pronto —murmuré, con la esperanza de que la sequía que afectaba a Sterling terminara por fin.

Se me ensanchó la sonrisa al ver un elegante Porsche descapotable recorrer a toda velocidad el camino de acceso cubierto de conchas trituradas. Apenas era una mancha borrosa roja.

Brandon, el mejor partido del condado. Alumno de último curso, quarterback y rico: el triplete que definía al novio perfecto.

Cuando el coche se detuvo, abrí la puerta del lado del acompañante sonriendo de oreja a oreja.

—Hola, grandullón.

Pero él dijo, con el ceño fruncido:

—Pareces... cansada.

—Me acosté tarde —contesté, echando un vistazo por encima del hombro mientras lanzaba la mochila en el minúsculo asiento trasero.

Cuando la cortina de la cocina se movió, me contuve para no poner los ojos en blanco. «Dos años más y podré largarme...».

—¿Te sientes bien? —Su mirada rebosaba preocupación—. Podemos comprar un café por el camino.

—Claro, ¿por qué no? —dije, cerrando la puerta detrás de mí.

Brandon no había elogiado mi peinado ni mi ropa: vestido azul celeste sin mangas de Chloé (con el dobladillo a menos de diez centímetros por encima de la rodilla, como es debido), el pelo ondulado recogido en una coleta con una cinta de seda negra y zapatos negros de tacón a juego de Miu Miu que se anudaban al tobillo.

Las únicas joyas que llevaba eran unos pendientes de diamantes y un reloj de pulsera Patek Philippe.

Me había pasado semanas planificando este vestuario, dos días en Atlanta comprándolo y la última hora convenciéndome de que nunca había estado más guapa.

Brandon encogió sus hombros anchos, dando el asunto por zanjado, y luego salió disparado por el camino de acceso. Los neumáticos del coche levantaron una lluvia de fragmentos de conchas mientras pasábamos zumbando junto a hectáreas y hectáreas de caña de azúcar.

Cuando llegamos a la carretera, un parcheado y desgastado tramo de la antigua carretera de Luisiana, Brandon comentó:

—Esta mañana estás muy callada.

—Tuve sueños raros anoche.

Pesadillas. Nada nuevo.

Mis sueños buenos siempre estaban llenos de plantas. Veía hiedras y rosas creciendo ante mis ojos o cultivos brotando a mi alrededor.

Pero últimamente, en mis pesadillas, una enloquecida mujer pelirroja con brillantes ojos verdes usaba esas mismas plantas para... hacerle daño a la gente, de formas horripilantes. Cuando sus víctimas le suplicaban clemencia, ella se reía a carcajadas, complacida.

La mujer llevaba una capa y una capucha la cubría a medias, por lo que no podía verle bien la cara, pero su piel era pálida y unos tatuajes verdes parecidos a hiedras le recorrían ambas mejillas. Tenía el enmarañado pelo pelirrojo salpicado de hojas.

Yo la llamaba la bruja roja.

—Lo siento —me disculpé, estremeciéndome—. Me dejaron con mal cuerpo.

—Ah.

Su actitud me indicó que no tenía ni la más remota idea de qué contestar. En cierta ocasión, le pregunté si él tenía pesadillas y se quedó mirándome, desconcertado, sin poder recordar ninguna.

Brandon era así: el chico más alegre y despreocupado que había conocido en toda mi vida. Aunque tenía la complexión de un oso (o de un jugador de fútbol americano profesional), su temperamento se parecía más al de un cachorrito cariñoso que al de un animal salvaje.

En el fondo, yo había puesto muchas esperanzas en él, deseando que alguien tan normal me apartara del abismo hacia el que me empujaban las visiones. Por ese motivo me agobiaba que encontrara a otra chica y cortara conmigo mientras estaba encerrada en el CAI.

Ahora parecía que algo, al menos, iba a salir bien. Brandon me había sido fiel. A cada kilómetro que nos alejábamos de Haven, el sol brillaba cada vez más y la niebla se iba disipando.

—Bueno, yo sé cómo poner a mi chica de buen humor —dijo con una sonrisa pícara.

Me cautivó sin remedio.

—Ah, ¿sí, grandullón? ¿Y eso?

Brandon se salió de la carretera y detuvo el coche bajo la sombra de una pacana mientras los neumáticos aplastaban los frutos que habían caído al suelo. Tras esperar a que el polvo se despejara, apretó un botón y bajó la capota.

—¿Aceleramos un poco, Eves?

Pocas cosas me entusiasmaban más que ir a toda velocidad por la carretera con la capota bajada. Durante un nanosegundo, me planteé cómo reparar el desastre en el que acabaría convertido mi peinado («Hazte una trenza suelta por encima del hombro») y luego contesté:

—Pisa a fondo.

El potente motor rugió cuando Brandon pisó el acelerador. Eché la cabeza hacia atrás, alzando las manos, y grité:

—¡Más rápido!

Antes de cada cambio de marcha, Brandon llevaba las revoluciones al límite, hasta que el coche desató todo su potencial. Mientras las casas pasaban como una exhalación a nuestro lado, yo me reía, encantada.

Los meses previos eran un vago recuerdo comparados con esto: el sol, el viento y Brandon lanzándome sonrisas de emoción. Él tenía razón: esto era justo lo que necesitaba.

Típico de mi osito de peluche futbolista hacerme sentir de nuevo despreocupada y cuerda.

¿Y eso no se merecía un beso?

Me desabroché el cinturón y me las arreglé para ponerme de rodillas, subiéndome un poco el vestido para inclinarme hacia él. Apreté los labios contra la suave piel recién afeitada de su mejilla.

—Justo lo que me recetó el médico, Brand.

—¡Y que lo digas!

Le besé la ancha mandíbula y, luego (como me había indicado Melissa, que era mi mejor amiga y tenía más experiencia con estas cosas), le mordisqueé el lóbulo de la oreja, dejándole sentir mi aliento.

—Ay, Evie —dijo con una voz ronca—. Me vuelves loco, ¿lo sabías?

Me hacía una idea. Era consciente de que estaba jugando con fuego al provocarlo así. Él ya me había recordado una promesa que le hice justo antes de irme a la «escuela de postín»: si seguíamos saliendo cuando cumpliera los dieciséis (aunque estaba en tercero, todavía no los había cumplido), le entregaría mi virginidad. Y mi cumpleaños era el próximo lunes...

—¿Qué rayos quiere ese tío? —exclamó Brandon de repente.

Al apartar la cabeza de él, lo vi mirar algo situado detrás de mí. Cuando eché un vistazo, me quedé sin aliento.

Un motorista se había situado a nuestro lado, avanzando a la misma velocidad que el coche, mientras me daba un buen repaso. El casco tenía la visera tintada, así que no pude verle la cara, pero me di cuenta de que me estaba mirando el culo.

¿Mi primer instinto? Sentar dicho culo en el asiento y desear con todas mis fuerzas fundirme con la tapicería. ¿El segundo? Quedarme donde estaba y fulminar con la mirada a aquel pervertido. Esta mañana solo quería pensar en mí, reírme e ir rápido en el lujoso coche deportivo de mi novio.

Después de pasarme el verano en un infierno con luces fluorescentes, me merecía esta mañana.

Cuando me giré para lanzarle una mirada asesina por encima del hombro a ese tipo, me di cuenta de que había inclinado el casco, centrando su atención sin ninguna duda en mi culo. A continuación, fue subiendo la cabeza despacio, como si recorriera cada centímetro de mi cuerpo con la mirada.

Tuve la sensación de que transcurrían horas hasta que llegó a mis ojos. Me aparté el pelo de la cara y nos quedamos mirándonos tanto rato que me pregunté si acabaría saliéndose de la carretera.

Entonces, me dedicó un brusco saludo con la cabeza y nos adelantó, esquivando un bache con habilidad. Pasaron otras dos motos, con dos ocupantes en cada una. Los motoristas tocaron el claxon y vitorearon, mientras a Brandon se le ponía la cara tan roja como su coche.

Me consoló saber que era probable que no tuviera que volver a verlos nunca.

PUEDE SALVAR EL MUNDO... O DESTRUIRLO.

Evie Greene lleva una vida de ensueño hasta que un suceso apocalíptico destruye su pueblo. Para luchar por su vida y encontrar las respuestas que tanto ansía, deberá unirse a un antiguo compañero de clase: Jack Deveaux.

PERO NO PODRÁ HACERLO SOLA.

Jack, con su actitud desafiante y su sonrisa engréida, es todo lo opuesto a ella. Evie es consciente de que no puede confiar del todo en él, pero ¿será capaz de resistirse a su sonrisa?

¿EN QUIÉN PODRÁ CONFIAR?

Una antigua profecía ha empezado a cumplirse y Evie no es la única que está desarrollando habilidades especiales.

Un grupo de jóvenes medirá sus fuerzas en la batalla definitiva entre el bien y el mal. Sin embargo, no está muy claro quién pertenece a cada bando...

**UN MUNDO OSCURO Y MISTERIOSO,
LLENO DE GRANDES PELIGROS Y DE UN
AMOR IRRESISTIBLE.**

elastic
BOOKS

www.elastic-books.com

P.V.P. 17,95 €



9 788419 478108

 @ElasticBooks

 @ElasticBooks

 @ElasticBooks